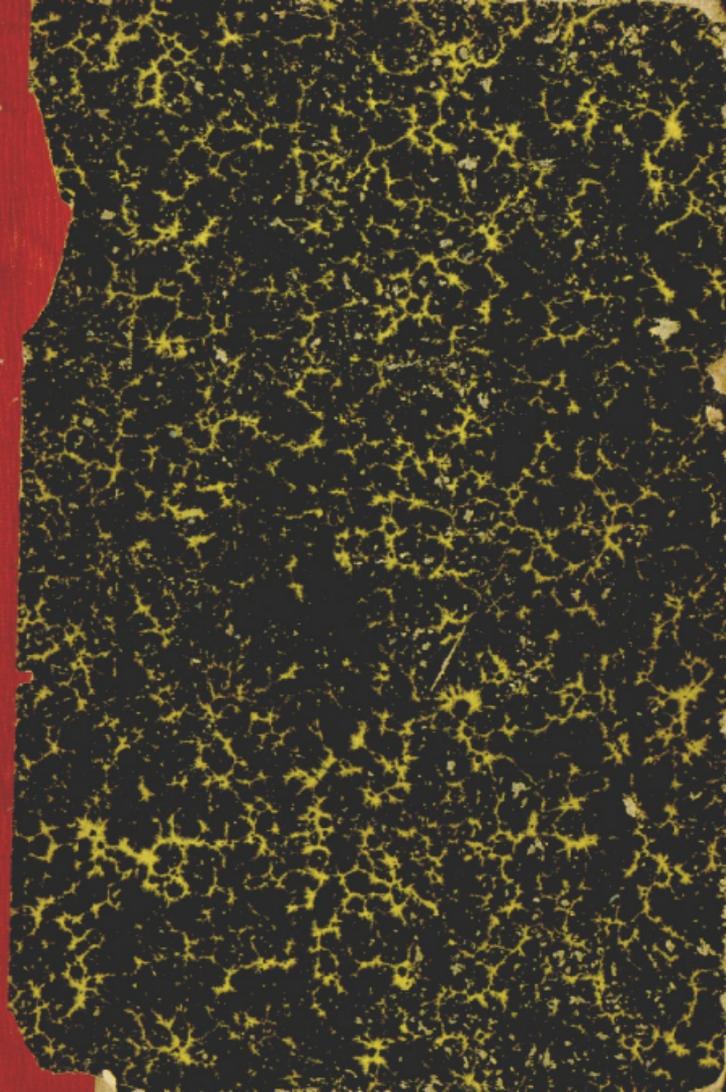
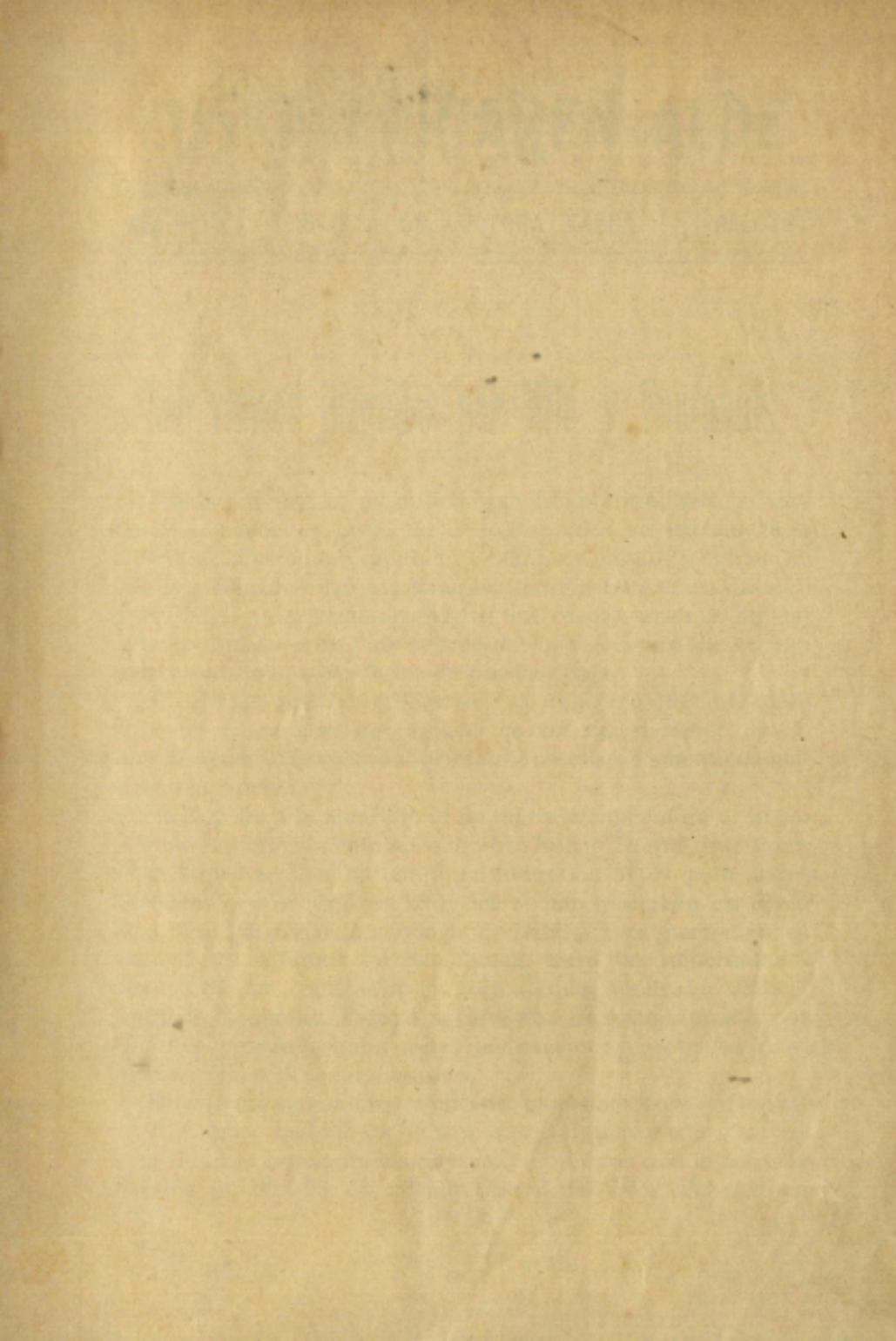


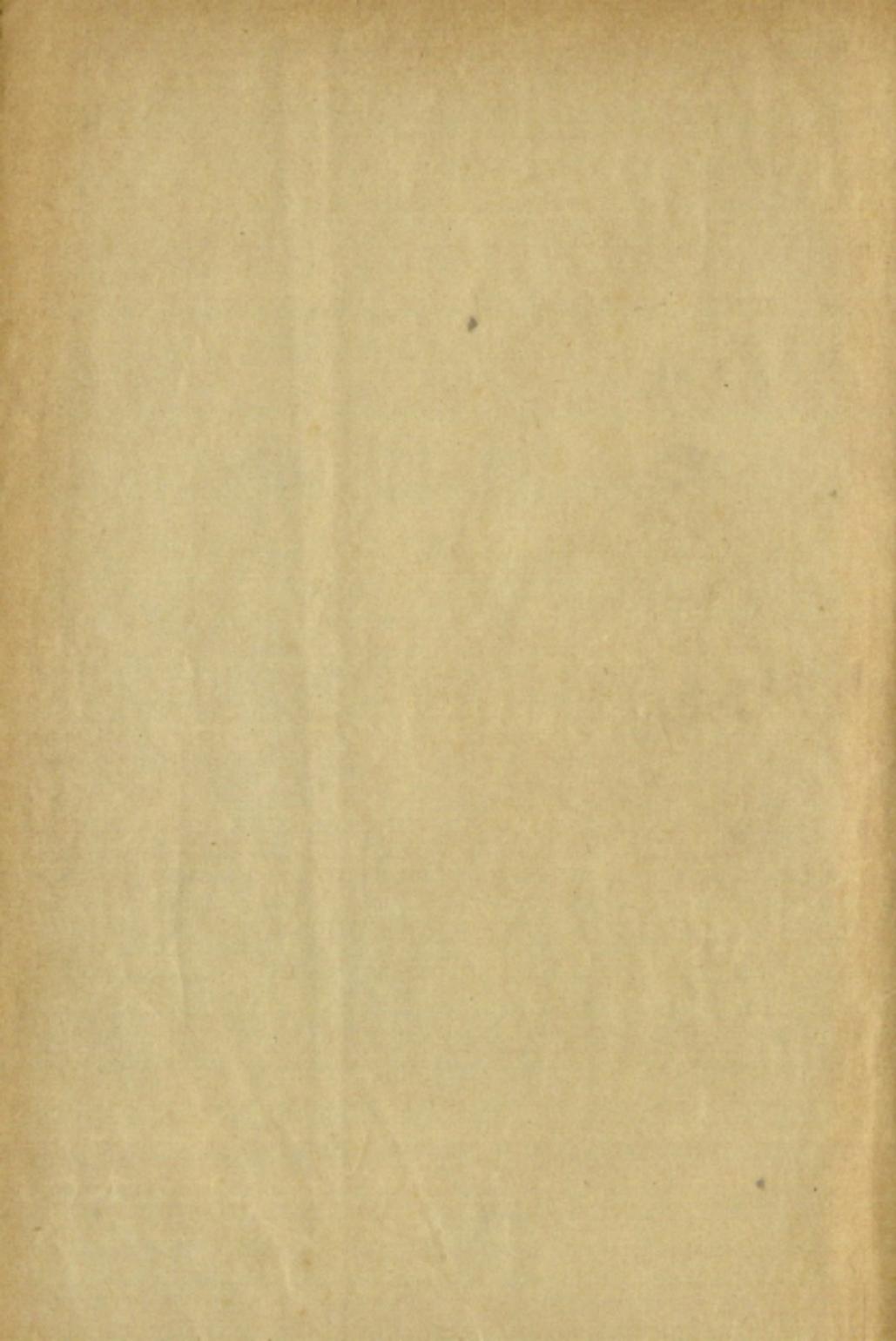
SKALPPIAREN-AL

1910



Año 1916





EUSKALERRIAREN ALDE

Año VI

REVISTA DE CULTURA VASCA

Núm. 121

Los vascos juzgados por Milá y Fontanals

Desde que llegó á mi noticia que don Manuel Milá y Fontanals,—varón en cuyo justo elogio nunca se extremará la alabanza, porque era modelo de hombres buenos y sabios,—había publicado en el Almanaque literario del Ateneo Catalán para 1864, un artículo acerca de los vascos, grande fué mi anhelo de conocerlo, y de reproducirlo, si era posible, en una publicación que viese la luz en nuestro país.

El Almanaque había llegado á ser tan raro que me costó no pocas diligencias, no ya hacerme con un ejemplar de él, sino obtener una copia del artículo que tan vivamente solicitaba mi atención.

Se la debo á la amabilidad de mi excelente amigo el joven y docto bibliógrafo catalán don José Roig y Roqué, que tanta y tan honrosa parte ha tenido en todos los actos y en todas las obras que de algunos años acá se han realizado en Cataluña para glorificar la memoria de Milá, y para perpetuar su recuerdo y difundir su enseñanza entre las generaciones nuevas que no conocieron en vida á aquel admirable crítico, á quien Menéndez Pelayo se ufanaba de haber tenido por maestro y aprovechaba todas las ocasiones propicias para proclamarlo á la faz del mundo.

El artículo que me ha facilitado el señor Roig y Roqué, no es el único trabajo de Milá en que se nota con más ó menos intensidad la huella de los vascos, y el interés que le merecía nuestro pueblo. En la misma *Cansó del Pros Bernart*, en

aquella maravillosa gesta en que el sabio maestro emuló la sencillez y la divina inconsciencia de los épicos más impersonales, ingénuos y primitivos, hay una breve y felicísima pintura de un Zaldívar, vasco de las montañas del sol poniente, que no entiende de lenguas latinas ni arábigas, pero que posee un brazo poderoso y enérgico que abate al enemigo de su fe y de su raza. Es el vasco que hubo de pintar Tirso de Molina en aquel celebérrimo paisaje de *La prudencia en la mujer: Valiente en obras y en palabras mudo*.

Por cartas de Milá que he examinado recientemente, y por notas y papeles sueltos escritos de su puño para preparar alguna obra filológica, seguramente relacionada con las lenguas romances, he visto pruebas indiscutibles de que el inmortal crítico catalán había leído las disquisiciones de algunos de los más celebrados euskarólogos de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Se citan sus etimologías, pero como son notas sueltas no se ve en ellas el comentario que á Milá hubiera sugerido su mucho saber en materias lingüísticas, y sobre todo aquella sagacidad y penetración crítica, que á ratos parece adivinación, y que le hizo adelantarse en cuarenta años á sus contemporáneos.

Folk-lorista incansable, que acertaba como pocos á internarse en lo más hondo y arcano del alma popular, y buscar allí lo que hubiese de sinceramente poético, también le sedujo en alguna ocasión el deseo de conocer determinadas leyendas ó tradiciones vascas, ó que pasaban por tales. Y hasta quiso recorrer las páginas de la obra que Agustín Chaho escribió á propósito de *Biarritz y los Pirineos*, y preguntó por ella á su ilustre amigo el docto Conde de Puymaigre, muy versado en estas materias folk-lóricas, acerca de las cuales escribió más de una disquisición preciosa. Una de estas, publicada en *Le Correspondant*, y en que se citaba la antes mencionada obra de Agustín Chaho, hubo de ser la que despertara en el espíritu de Milá el afán de conocerla, pues la carta en que exponía este deseo, dirigida al insigne conde de quien hablo, fué casi inmediatamente posterior á la publicación del artículo.

Ocasión habrá en breve de puntualizar estas y otras

muchas cosas relacionadas con Milá y con la influencia que los vascos pudieron ejercer en determinada parte de su obra literaria, cuando el año de 1918 celebren los catalanes el primer centenario del natalicio de aquel varón memorable, á quien juzgaron con tanto respeto y tan singular veneración cuantos tuvieron ocasión de ponerse en contacto con él, desde Fernando Wolf y Gastón París hasta Giuseppe Pitré y Pío Rajna, y desde don Juan Valera y don Aureliano Fernández Guerra hasta don Joaquín Costa y don Marcelino Menéndez Pelayo. Más de una vez se nos ha ocurrido, al examinar la correspondencia recibida por Milá, y observar el juicio unánime que mereció á sus contemporáneos, y sobre todo á los que más cerca estaban de él, y con mayor intimidad le trataban, que parece que no se escribió para el maestro de la crítica que adoctrinó á la generación de que formaban parte, entre otros, Menéndez Pelayo, Rubió y Lluch, y Franquesa y Gomis, y tantos otros que después han sido prez de las letras catalanas, aquel viejo y conocido adagio: no hay grande hombre para su ayuda de cámara.

En el artículo acerca de *Los Vascos* que muy pronto han de tener ante sus ojos los lectores de EUSKALERRIAREN ALDE, don Manuel Milá, como no dedicado especialmente á la euskarología, presta crédito á ficciones que su sagacidad crítica hubiese desechado, á haberlas estudiado directamente y no á través de las opiniones de otros autores que gozaron de grande y merecida fama, y cuyos dictámenes pasaban en autoridad de cosa juzgada mientras nadie se tomase la molestia de revisarlas, sometiéndolas al fallo severo de la crítica. Tal le aconteció, por ejemplo, con el *Attabizkarko kantua*, en cuya autenticidad creyó, como se ve por el referido artículo. Le arrastró á ello el parecer valioso y respetabilísimo de Fauriel, cuyo nombre amparó con su autoridad esta y otras muchas supercherías. Seguramente que el crédito que daba al dictamen del gran historiador de las letras provenzales, á quien más de una vez le descaminó en sus juicios el noble afán con que buscaba en todas partes las manifestaciones poéticas del pueblo y las expansiones del arte popular, impidió á don Ma-

nuel Milá percibir en el canto de Altobiscar las reminiscencias ossiánicas que columbró otro egregio discípulo suyo, y que le hicieron concebir muy serias dudas respecto de su autenticidad.

De igual suerte tuvo Milá por producción de la primitiva y remotísima poesía vasca el *Leloren kantua*, que hoy está positivamente demostrado que es obra que no se remonta más allá del siglo XVI. Pero estas demostraciones han venido más tarde, con la exhumación de datos que no se conocían en tiempo de Milá, aunque ahora están al alcance de los que no hayan hecho más que iniciarse en el estudio de estas cosas de la euskarología.

Por eso es preciso leer el artículo del sabio crítico catalán, no como obra que sale hoy á luz por primera vez, sino como voz que resonaba en 1863, cuando todos estos estudios estaban en mantillas y faltaban veinte años para que saliera á luz el artículo definitivo de Wentworth Webster acerca de los orígenes del canto de Altobiscar, y cerca de cincuenta años para que don Julio de Urquijo, en un estudio que le sugirió el examen de una canción vasca que aparece en la *Tercera Celestina*, demostrase de un modo que no deja lugar á discusión, que el canto de Lelo, lejos de arrancar de los primeros siglos de la Era Cristiana, no data de más allá de los días de Juan Iñiguez de Iburgüen que se decía su descubridor, y que vivió en el último tercio de la centuria décima-sexta.

CARMELO DE ECHEGARAY.



DONOSTIA

RÁPIDA

Salve, ilustre Donostia,
Perla de irisada *Concha*
Donde el mar sus olas troncha
Por rendirte pleitesía.

Entre brisas y entre frondas
Te recuestas muellemente,
Nueva Venus emergente,
De la espuma de las ondas.

Arropada en vestes gayas,
¿Quién no te admira orgullosa
Cuando la gente rebosa
Por tus calles y tus playas?

Yo te admiro bella corte
Del honor y la elegancia,
Flor de exquisita fragancia
De los pensiles del Norte.

Foco de luz y alegría,
De las gracias baluarte,
Aunadas natura y arte
Te hermosean á porfía.

Te prestan regios adornos
Tus torres en los espacios,
En las calles tus palacios,
Los montes en tus confornos.

En tu arenosa ribera,
Patinando juguetona,
Siempre la mar semitona
Nueva canción placentera.

Tú adormeces los pesares
Del bregar que nos quebranta,
Que entre tus árboles canta
La dicha dulces cantares.

Salve, ilustre Donostia,
Salve, y viva siempre inmoble
Tu santa fe, rancia y noble,
Tu rancia y noble hidalguía.

Y que en la sorda borrasca
En que hoy tu pasado hierve,
Siempre tu pueblo conserve
Pecho vasco y lengua vasca.

FR. I. DE ABERÁSTURI.

VIDA Y HECHOS MILITARES

DEL MARISCAL DE CAMPO

Don Juan Manuel Sarasa

NARRADOS POR ÉL MISMO

El manuscrito

Las *autobiografías, confesiones y memorias íntimas* que tanto abundan en la literatura francesa, y que tan escasas son entre nosotros, tienen positivo valor en la *Historia*, á la que prestan innegables servicios. Aun descontando en ellas lo que es menester otorgar al amor propio y al apasionamiento natural con que nos expresamos cuando hablamos de nosotros mismos y hacemos relación de las cosas que hemos llevado á cabo, aún así tienen un poder de evocación que difícilmente puede pedirse á reseñas escritas por quien contempla esos hechos con serena objetividad. Podemos decir, con frase pocas veces más aplicable y oportuna, que esas memorias tienen el encanto de lo vívido. Por incorrecto que sea el lenguaje, por descuidado que sea el estilo, por las páginas en que un hombre nos refiere lo que á él propio le sucedió, pasa el soplo de la vida animándolas, *vivificándolas*, cabría decir si no fuese pleonástica la frase. Es más: en no pocas ocasiones, á mayores deficiencias de estilo y de lengua, corresponde una mayor sinceridad, una más completa ausencia de *pose*, porque se ve que aquellas palabras no están escritas con aparato retórico y con las cautelas estudiadas del literato de profesión, que piensa acaso más en el público que en sí mismo.

Un ilustre amigo nuestro nos ha proporcionado una de estas memorias autobiográficas. Por ser inédita, nos inclinábamos á publicarla gustosos, pero como al examinarla observamos que parte de ella versaba sobre sucesos de la primera guerra civil, que todavía apasionan el juicio de nuestros contemporáneos, y pueden considerarse en cierto sentido como hechos de actualidad, excluidos de propósito de nuestro programa, pasamos por el tamiz de la reflexión aquella primera inclinación nuestra, y nos hemos decidido á dar cabida en las páginas de EUSKALERRIAREN ALDE al manuscrito de referencia, ya que las particularidades que se relatan en la *Vida y hechos militares del Mariscal de Campo don Juan Manuel Sarasa*, narrados por él mismo, tienen una marcada significación histórica, y por ser relación de sucesos y de detalles en que intervino personalmente quien nos los cuenta, pierden cuanto pudieran encerrar, en otro caso, de comentario político sobre cosas que no han sido falladas por la posteridad. En varias partes, la autobiografía de don Juan Manuel Sarasa viene á ser una rectificación histórica interesante, que no convenía hurtar al conocimiento de los investigadores, los cuales con materiales como estos van labrando el cuadro de nuestra vida pretérita, tanto más fiel, tanto más exacto, cuanto mayor sea el número y más apreciable y excelente la calidad de los testigos que se lleven á prestar declaración ante ellos.

Una advertencia hemos de hacer á nuestros lectores, y es que en la vida de don Juan Manuel de Sarasa hay una laguna de dos páginas manuscritas por faltar una hoja al original que se nos ha entregado y que publicamos á continuación.—EUSKALERRIAREN ALDE.

Primera campaña. 1805

El pueblo de Olo (Navarra) me vió nacer en 1785. Mis padres eran honrados propietarios y dueños de la casa llamada *Carlосena*. Mi infancia alcanzó la guerra contra la República Francesa, y niño aún, un ojo observador hubiera notado en mí inclinaciones militares. Mis padres sin duda no fueron muy observadores.

Iniciado que fui en los primeros rudimentos de las letras, pasé á Pamplona, donde estudié la Gramática y Filosofía. Era preciso decidirme á una carrera, y las letras no tenían para mí el mayor atractivo. Tenía un tío en Roncesvalles, canónigo de su Colegiata, el cual tenía

empeño en que abrazara la carrera eclesiástica; al efecto, se me previno comenzase sus estudios. Disgustado me hallaba porque se me contrariaba, y sin embargo yo nada había dicho á mis padres en punto á mis deseos; pero suponiendo que mi declaración les disgustaría, para aborrrarme explicaciones y siguiendo mis impulsos salí de Pamplona en Junio de 1805, y ocultando mi fuga, senté plaza de soldado voluntario en el regimiento infantería de Zamora el día 14 de Julio de 1805. Concluida que fué mi instrucción, se me nombró cabo de escuadra.

Esto era en ocasión que iba á salir para la Etruria una expedición, y al saber que mi regimiento era uno de los que la formaban, me alegré sobremanera porque temía que mis padres averiguasen mi paradero y me reclamasen.

Todo sucedió á medida de mis deseos, y el día 30 de Diciembre ya abandonaba mi patria embarcando en Barcelona con el regimiento. Hasta entonces yo no había visto la mar. La impresión que su vista me causó no fué de temor sino de grandeza, de magestad; entonces estaba en calma, pero pronto conocí el poder de este gran elemento, que alterándose por grados hacia ver á la bizarra expedición su impotencia. Gracias al cielo llegamos á Liorna con un furioso temporal. Desde aquí escribí á mis padres y les hice relación de mi calaverada, no olvidándome de mi buen tío el canónigo, quien me contestó que más quería un sobrino buen militar que mal sacerdote, y me probó su cariño remitiéndome algunos reales.

Permanecí en Liorna catorce meses, y en Abril de 1807 emprendí la marcha con la expedición para el norte de Alemania y Pomerania Sueca. Me hallé con la división en el sitio de la plaza de Stransuld hasta su capitulación, en que nos trasladamos al ejército del Elva y á Dinamarca. Hicimos cuarteles de invierno en Hamburgo á las órdenes del Marqués de la Romana, incorporándonos á su división de diez mil hombres que acababa de llegar de España, formando así un cuerpo de quince mil hombres ó leones, como nos apellidaba Napoleón. En Abril de 1808 salió toda la expedición para Dinamarca, excepto cien grandaderos que por su apostura y bizarría reservó para su guardia el general Bernardote, Príncipe de Ponte-Corbo.

Ardua empresa sería referir los peligros y trabajos que durante el invierno sufrió este valiente ejército en aquellos helados países. Ya se deja conocer la impresión que haría en nosotros la baja temperatura á

que nos encontrábamos. Durante las marchas no podíamos detenernos ni un solo momento, so pena de quedar yertos. Varias veces hubo que matar caballos, para que el calor de sus entrañas diese la vida á algunos infelices aterrorizados por el frío.

La villanía de Napoleón al penetrar en España, se dejó también sentir en aquel florido ejército, que peleando en su patria y por su patria hubiera detenido el impetu de las legiones francesas, y ahora en apartados países, era el juguete del ambicioso Emperador. No obstante allí pudo vislumbrar el heroísmo de los españoles, que algún día habrían de eclipsar su radiante estrella.

Ocupado el país por la división, los regimientos se encontraban aislados; la situación de España nos era desconocida; las noticias se interceptaban, y á todo esto los que creíamos amigos habían invadido la Península. Si entre doce hubo un Judas, no es extraño que en quince mil hubiera un Quindalan, segundo de la Romana, que desertando de sus banderas y haciendo traición á la patria, se vendiese al déspota de la Europa.

Como los regimientos se hallaban diseminados, creyó Quindalan que sería fácil hacer reconocer por Rey de España é Indias á José Napoleón. Se engañaba. El regimiento de Zamora ó mejor dicho la plana mayor con las compañías de granaderos, se hallaba en Indericia, donde residía el general Quindalan; el resto del regimiento se hallaba en diferentes pueblos de las inmediaciones. Dióse orden al regimiento de reunirse en Indericia para una revista general, y formado que se encontró, presentóse Quindalan, le arengó, concluyendo por proponer que se jurase por Rey de España é Indias á José I. Profunda y triste fué la impresión que las palabras del general hicieron en todo el regimiento incluso su digno coronel, y como si contuvieran un narcótico, nadie hablaba ni se movía; un silencio sepulcral sucedió á la voz del general, cuando un granadero saliendo á veinte pasos de filas prorrumpió en alta voz: «Mi general, yo he jurado por el Rey de España, y no juraré por ningún francés».

La incógnita se hallaba despejada. Eramos víctimas de la traición; nuestra patria se hallaba en peligro. Aún hubo momentos de silencio, que se interpretó por indiferencia, puesto que se dió inmediatamente la orden de fusilar al granadero; pero no, el silencio no era la calma, era el precursor de la tempestad, que no tardó en estallar, grande,

pero digna. El regimiento en masa prorrumpió en gritos de «traición, muera el general». Este se retiró al punto, mandando tocar la música, y disponiendo que las tropas marchasen á sus respectivos acantonamientos, lo que al momento se verificó con el mayor orden. Las compañías de granaderos se retiraron también á sus alojamientos, y como llegase á su noticia que el granadero había sido puesto en el calabozo por orden del general, se presentaron á éste diciendo que la contestación del granadero era la de todo el regimiento. Los demás regimientos de la expedición hicieron lo propio, sin que hubiese alguno que abandonase sus banderas.

Tan heroica manifestación del ejército no podía ser infructuosa. Sus deseos no eran otros que pisar el suelo hispano, para arrojar las legiones que con inmundo pie hollaron el sagrado recinto de la honradez.

En efecto, noticioso el Excmo. señor Marqués de la Romana de la decisión de la división, parlamentó con la escuadra inglesa que se hallaba en aquella parte, y á los pocos días se dió al regimiento la orden de pasar el pequeño Bel, para reunirnos en la isla en que él se encontraba. Verificado esto pernoctamos en Midelfar, donde se hallaban un batallón de la Princesa y dos escuadrones de Villaviciosa. Se esperaba al regimiento de caballería (Algarbe) que formaba brigada con el regimiento. Todo el día inmediato le esperamos impacientes, cuando llegaron á divisarse algunos caballos al otro lado del Bel, en el punto mismo en que nosotros nos embarcamos para pasarlo; la impaciencia y el deseo nos hicieron ver españoles á los que no eran sino franceses. Era el caso, que el general Quindalán luego de haber emprendido la marcha el regimiento de Zamora, salió al encuentro del regimiento de caballería (Algarbe) que iba en marcha para el mismo destino, y diciendo al coronel volviere á su punto, pues se había revocado la orden, el coronel obedeció como á general á cuyas inmediatas órdenes estaba, y llegando á su destino se le presentó el regimiento francés de caballería (Belgas), é intimándole la rendición al paso que una división de infantería le cercaba, se vió en la precisión de rendirse. De esta manera perdimos este brillante regimiento.

En este estado llegó á Midelfar la orden de la Romana para que inmediatamente nos pusiéramos en marcha para Niburgo, donde él se hallaba, y á media jornada como corriese la voz de que se acercaba el enemigo, mandó el coronel hacer alto y formar en batalla, disponiendo

que los escuadrones saliesen al encuentro del enemigo; á poco rato se notó una grande polvareda; era que el enemigo se retiraba, temiendo á nuestra caballería. El coronel comprendiendo la falsa maniobra dijo: «Señores, esto es un engaño manifiesto; algún escuadrón ha pasado el pequeño Bel con objeto de retardar nuestra marcha, para entretanto pasar el ejército; vamos andando, que si nos alcanza sabremos recibirle». La contestación de toda la fuerza fué unánime: «morir ó á España». Formados en columna marchamos á paso acelerado hasta Niburgo, habiendo caminado veinticuatro leguas sin comer ni descansar. Al día siguiente, 8 de Agosto, nos embarcamos en todos los buquecillos y lanchas que se pudieron encontrar en aquellos puertos, sin que el inglés diese buque alguno como se ha dicho, sino únicamente dos fragatas para custodiarnos. Dióse á la caballería orden para matar los caballos por falta de buques en que conducirlos, orden que en parte se cumplió, pero no todos tuvieron valor para ello, y viéronse caballos arrojarse al agua tras de los ginetes y seguirlos hasta que quedaban ahogados. ¡Triste espectáculo! Vefanse ginetes que á vista de la muerte no hubieran temblado, horar cómo chiquillos á quienes arrancan sus yuguetes, al abandonar sus caballos. Poco menos que empaquetados en los buquecillos, fuimos navegando tres días sin comer ni beber hasta la Isla de Languelan, donde se hallaban de guarnición los batallones ligeros primero de Cataluña y primero de Barcelona. La sed más que el hambre era la que nos atormentaba, así que tan luego como pusimos pie en tierra, nos arrojamos al agua con desesperación hasta saciarnos. Hallándonos acampados, una noche se nos bombardeó el campamento y se encontraron en él muchas proclamas, en las que se nos invitaba á unirnos al Príncipe de Ponte-Corbo, pero nuestra resolución era invariable. Pasamos en los mismos buques á otra isla, en donde los cambiamos por otros mayores y emprendimos la marcha para España, mal surtidos de víveres. Al aproximarnos á la costa de Cantabria rebotando alegría, se levantó una furiosa tormenta, lo que nos obligó á retroceder. Se quebraron todos los palos del buque en que iba la artillería y mi compañía, pero por fin inutilizado el buque y remolcado por otro, desembarcamos en Santander el 10 de Octubre (1). A muy pocos días de descanso salió la división para

(1) En recompensa de esta expedición obtuve la cruz «Estrella del Norte».

Vizcaya á unirse al ejército, y con la noticia de que el enemigo había penetrado en Bilbao, se dirigió el regimiento al campamento del Berron, próximo á Balmaseda, donde se hallaba el ejército. El 5 de Noviembre me encontré en la acción de Balmaseda, y los días 10 y 11 del mismo mes en la batalla de Espinosa de los Monteros y retirada hasta León.

Quince días estuvimos acampados en el Berron; los tres primeros no se dió ración de ninguna especie hasta la tardeada del tercero en que llegaron muchos vacunos, y tal era el hambre, que sin dar lugar á desollarlos se cortaban trozos como se podía, se arrimaban á las hogueras, pero aún no se habían calentado, cuando palpitantes los devorábamos. Al siguiente día se pusieron ranchos, pero carecíamos de sal. En los quince días no se nos dió ración de pan. Yo compré uno por cien reales, cambió la mitad por tabaco, y para comer la otra mitad fué preciso apartarme de la vista de los camaradas.

En esta desgraciada batalla (la de Espinosa) la división del Norte cubría la retaguardia del ejército, conteniendo al enemigo hasta que se tomaron posiciones en Espinosa; tomadas éstas se destinó á mi división al ala derecha; no bien acabamos de tomar posición, cuando acometió el enemigo con grande ímpetu, pero su arrogancia se estrelló ante el valor y serenidad de la división, que dejando acercarse al enemigo hasta ocho ó diez pasos, de cada descarga venía á tierra una columna. El enemigo repitió varias cargas con nuevas columnas, pero siempre fué recibido con igual valor, sin haber conseguido rechazar ni un solo paso á la división del Norte. El enemigo se retiró, dejando á nuestro frente montones de cadáveres. A cada carga rechazada por la división, prorrumpía el ejército en vivas á la división del Norte. En este estado llegó la noche y cesó el fuego, pero los ejércitos permanecieron en sus posiciones, casi tocándose los centinelas enemigos, entre quienes se entablaron conversaciones hasta tal punto, que los franceses nos dieron aguardiente y preguntaron que cómo nos había ido por el Norte.

Así llegó la mañana del siguiente día. Conociendo los franceses que con dificultad cedería nuestra derecha, trataron de cargar la izquierda que ocupaba las alturas de la izquierda de Espinosa, y como la mayor parte ó todos los soldados de esta ala eran bisoños, á la primera carga del enemigo abandonaron su posición sin resistencia

alguna. Lo mismo sucedió en el centro (Espinosa), donde se hallaba la artillería, que se apoderó de ella el enemigo. Visto esto por las columnas que á nuestro frente se encontraban, acometieron á nuestra división arma á discreción y á la voz de «avant». Nos vimos en la precisión de emprender la retirada pero con orden, á fin de no ser cortados, porque el único puente se hallaba en Espinosa en poder ya del enemigo, y como á nuestra retaguardia se hallaba el río á poca distancia ¡aquí fué Troya! No había más medio que pasarlo estando el enemigo á tiro de fusil. Pasamos pues, á nado, pero como el enemigo hacía un fuego horroroso, y pasado el río teníamos que subir una altura muy pendiente, mojados como estábamos llegábamos á la cima, y la agua que de nuestra ropa corría humedeciendo la tierra nos hacía resbalar hasta la orilla del río, expuestos al horroroso fuego que desde la otra nos hacía el enemigo. En este corto tiempo además de un sablazo que (aunque de dragón) ningún daño me causó, recibí siete balazos, siendo tan afortunado, que ni siquiera me resultó un rasguño. Al observar en la ropa el efecto de las balas, elevé la vista al cielo y dí gracias al Todopoderoso. Nuestras pérdidas fueron horrorosas y en la retirada hasta León padecimos mucho.

El 2 de Enero de 1809 fuí hecho prisionero en las inmediaciones de Villafranca del Bierzo, pero habiéndome fugado, me presenté en Villafranca al regimiento el 12 de Marzo, asistiendo á la acción de este día. Me hallé en la de Peguin el 15 de Abril. En la de Lugo los días 19 y 20 de Mayo (1). En la batalla de Tamames el 28 de Octubre (2). En las de Medina del Campo y Alba de Tormes los días 19 y 23 la primera, y el 28 de Noviembre la segunda (3). En la acción del 31 de Julio de 1810 sobre las barcas de Alconeta, y en el asalto y toma de la casa-fuerte entre ambos ríos. En Abrantes (Portugal) sosteniendo los vados por donde los enemigos intentaron pasar varias veces. En la acción del 7 de Febrero de 1811, y toma de la batería de San Miguel en el sitio de Badajoz, y en la del 9 y 19 del mismo sobre dicha plaza, quedando prisionero de guerra segunda vez, de la manera siguiente:

- (1) Por la que obtuve una cruz y fui promovido á sargento segundo.
- (2) Por la que obtuve una cruz.
- (3) Por la que obtuve una cruz.

Después de la muerte del Excmo. señor Marqués de la Romana y tomado el mando en jefe Lor Wellington, salió el ejército español desde Portugal á levantar el sitio de Badajoz, y el 19 de Febrero fué todo él destrozado, y prisionero el cuadro doble que se formó en las inmediaciones de la plaza para contener las impetuosas cargas de la numerosa caballería enemiga. No pudiendo éste romper el cuadro, jugó contra él horrorosamente la artillería, de manera que el cuadro se transformó en óvalo, y por fin hecho una masa informe penetró la caballería y todo él cayó prisionero.

Bien le vengó el francés del ejército de la Romana (á quien siempre respetó), en la conducción de los prisioneros, pues con dificultad se habrá conocido conducción peor tratada. No parecía sino que querían matarnos de hambre, de tal manera, que todos los días al romper la marcha echábamos de menos á camaradas y amigos que la noche anterior habían sucumbido de necesidad. Durante la marcha se oía á retaguardia un fuego continuo ¡ay! era sobre los infelices que no podían continuarla. No puede presentarse un cuadro más horroroso que el que nosotros ofrecíamos durante la marcha. Hechos unos espectros nos ayudábamos mutuamente por no quedar á retaguardia, pues allí la muerte era inevitable, pero al fin nos veíamos obligados á abandonar á nuestros amigos y despedirlos hasta la eternidad. No nos equivocábamos; el fuego de la retaguardia nos daba á entender que habían ya dejado de padecer. Tan hambrientos caminábamos, que un día que hicimos alto á la entrada de un pueblo, como para mejor custodiarnos nos diesen por morada el Campo-santo, al ver la lozania de la yerba que en él crecía nos la comimos como un rico manjar. Excitábamos la compasión hasta de nuestros mismos verdugos, que por fin nos permitían aceptar el pan que en el tránsito nos ofrecían los habitantes de aquellos pueblos, pero nos era imposible comerlo si no era empapado de agua. En tal estado llegamos á Córdoba, tan demacrados, que no nos conocíamos y el enemigo se jactaba de ello, diciendo al pueblo: «Estos son los soldados del Romano». Esto era hacer la apología de nuestro valor. En el mismo estado pasamos por la Mancha y por Madrid, y llegando á la inmediación de Valladolid, hicimos alto. Aquí creímos perecer los que aún sobrevivíamos á tanta miseria, pues al darse la señal de marcha, no podíamos tenernos en pie. Con esta novedad llegaron algunos carros con pan, y con un mendrugo que se

nos dió, pudimos llegar á Valladolid. Se nos encerró en la iglesia de San Francisco y se nos dió un pan para dos, que al momento desapareció. Desde Valladolid á Francia se nos dió ración de pan, y desde Bayona fuimos conducidos hasta Manbenga, última plaza de Francia, lindante con Bélgica, donde se nos acuarteló y encerró.

Transcurrido algún tiempo, llegó el general Quindalan, el mismo que en Fredericia quiso obligarnos á reconocer por Rey de España á José I, y pasando revista al depósito, nos invitó á tomar las armas, para así salir del triste y miserable estado en que nos encontrábamos. Algunos hubo, en efecto, que cansados de sufrir tomaron las armas y se hallaron en la campaña de Rusia. Yo me negué á ello. Volvió segunda vez Quindalan con la misma misión, y dirigiéndose á mí me preguntó en qué regimiento había servido, y contestándole que en Zamora, me hizo toda clase de ofrecimientos; pero indignado yo todavía por el recuerdo de Fredericia, por toda respuesta le contesté: «Mi general, yo soy buen español». Esta contestación en mi lastimoso estado le afectó sin duda en gran manera, porque sin articular palabra recorrió la fila, marchó á su casa, salió al instante de la población y no volvió más. Sin duda tendría remordimientos de su mal porte en Fredericia. Permanecí prisionero hasta que se hizo la paz general el año 1814. Inmediatamente regresé á España é ingresé en el regimiento el 1 de Junio, donde continué el servicio, hasta el 5 de Agosto de 1819, que obtuve el retiro (1).

Tales fueron mis servicios y padecimientos en esta memorable y gloriosa campaña que tanto eco produjo en todo el mundo, y que hizo despertasen de su letargo naciones más grandes y de más recursos que la valiente é indomable España.

Si la ambición hubiera guiado mis pasos, hubiera ascendido y evitado muchas penalidades. Si á mi regreso del Norte hubiera imitado la mala conducta de muchos, que desertando del ejército marcharon á sus países á aumentar las guerrillas, de seguro hubiese ascendido y padecido menos, porque sabido es que en un ejército es más difícil distinguirse que en una guerrilla; sabido es también que las penalidades que sufre un ejército no se sienten en una guerrilla. Mil hombres

(1) Por diploma de 30 de Octubre de 1816 obtuve la cruz concedida al ejército de la izquierda.

donde quiera encuentran pan y techado, no así sesenta ó setenta mil. Más grato me hubiera sido batirme en mi país á las órdenes del célebre Mina, en donde nada me hubiese faltado, donde tenía los amigos de mi niñez y aún los camaradas del ejército del Norte, y sin embargo, cumpliendo con mi deber (guía en todas mis acciones) no me separé del ejército y sufrí todas las consecuencias. En ello y solo en ello cifro mi orgullo.

—JUAN MANUEL SARASA.

(Se continuará).

NOTAS ETIMOLÓGICAS

Los nombres de los pueblos guipuzcoanos

LARRAUL

He visto escrito *Larraur* en el Registro de Juntas de la Provincia, de Noviembre del año 1592, Junta XI, y esta es la memoria más antigua que tenemos de este *Lugar*.

Larra, significa «cambrón, abrojo, zarza, pastura, pradería, dehesa» y *uri* «poblado, pueblo», y *Larraul* se traduce por *Larra-uri* = «poblado del pasto».

Existe el apellido Larrauri en el país.

Otra explicación podría darse de este nombre, como compuesto de las palabras *Larr-aul* = «pasto de poca sustancia». Es muy general emplear en este sentido la palabra *aul*. Así vemos que se dice con frecuencia *janari aula* con el significado de «alimento de poca fuerza, de poca sustancia».

LAZCANO

La noticia más antigua que tenemos de este Concejo, alcanza al año 1399.

Sus habitantes, así como los comarcanos, le denominan *Lazcau*, siguiendo la costumbre generalmente establecida de variar la pronunciación de aquellos nombres de pueblos que acaban en *na* y en *no*. Así á Cestona, llaman *Cestua*, á Arroña, *Arrua*, á Abadiano, *Abadian*, etc.

Según el «Nobiliario» de Lizaso, se compone el nombre de este Concejo de *Lac* en vascuence «áspero y resuelto» y *cano*,

que en romance significa «viejo y maduro de seso», que es lo que han sido los de la familia de este ilustre apellido, según el expresado autor.

Aparte de que no siempre habrán sido los Lazcano viejos ni maduros de seso, á cualquiera se le ocurre preguntar cómo se llamaba el pueblo antes de que los individuos de esta noble estirpe demostraran la prudencia á que se refiere Lizaso.

Según el Doctor Isasti, *Latz-cano*, significa «aspereza y blandura», aunque no sabemos de dónde ha sacado este segundo significado.

Latz, significa «rudo, salvaje, áspero, fragoso, escabroso».

Ano, conforme dijimos al hablar de Anoeta, se llama á lo que en castellano «beza, alberja». También significa «umbroso, sombrío, húmedo». Se llama también *ano* á cierta enfermedad que ataca al trigo y al maíz y que en castellano se denomina «niebla».

Latz-c-ano, podría significar un paraje «escabroso y húmedo ó sombrío».

Hay en el citado Concejo, caserío Lazcaibar que, sin duda, significa «valle de Lazcano» como palabra compuesta de *Lazcan-ibar*.

En Oyarzun hay caserío *Lazcanburu*.

Según la ortografía moderna, debiera escribirse **Lazcano**.

B. DE ARREGUI.

DOCUMENTOS CURIOSOS

Las melodías de Iztueta-Albéniz

Ahora que con ocasión del brillante cambio de impresiones que acerca del zortziko están sosteniendo en esta Revista ilustradísimos escritores, y en el que juega importante papel la colección de melodías que Iztueta y Albéniz formaron como complemento al libro *Gipuzkoako dantza gogoangarriak* del primero, nos parece una nota muy oportuna la publicación del siguiente documento.

Es el escrito con que Iztueta presentó en 1827 aquel cuaderno impreso de «sones ó canciones antiguas» á las Juntas de Guipúzcoa, reunidas á la sazón en Vergara.

M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa.—Ha llegado por fin el momento en que uno de los más respetuosos y adheridos hijos de V. S. puede presentarle el primer ejemplar de la colección de canciones vascongadas que acaba de imprimirse con las licencias necesarias. El celo del distinguido profesor de música don Pedro Albéniz, no satisfecho con haber ajustado á las reglas del arte los cantares que improvisaron nuestros abuelos en las cimas y desfiladeros de las montañas guipuzcoanas, ha aprovechado esta ocasión para establecer en nuestro país el método de imprimir los caracteres musicales, que es un ramo del arte tipográfico, muy poco extendido en España, y que puede ser muy útil en este suelo que produce con abundancia la primera materia que se emplea en este ramo de industria.

Bien se deja conocer que su establecimiento ha debido costar mucho tiempo, y esto disculpa la tardanza que se ha experimentado en la publicación de esta obra que esperaban con ansia todos los guipuzcoanos. Pero aunque parezca tardía no puede ser más oportuna esta publicación. Nunca podrían entonarse con más oportunidad los himnos de triunfo inspirados á los antiguos vascongados por el genio de la patria que cuando

acaba de asegurarse la victoria de los fueros que nos legaron, por los esfuerzos de sus más nobles y dignos descendientes; nunca será mejor ocasión de expresar el respeto debido á las autoridades, consagrado en sus cantos por nuestros trasabuelos, que cuando nuestro amado y justo soberano acaba de ofrecernos el más relevante motivo de gratitud, ratificando las franquezas que tiene jurado observar, é imponiéndonos con esto un doble y especial vínculo de obediencia. Nunca por fin resonarán en nuestros profundos y risueños valles con más alegría las cantinelas amorosas que en ellas se oyeron por primera vez, que cuando nuestros robustos y bulliciosos mancebos son excitados á unirse al bello sexo por la idea de dar el ser á unos hijos que han de recibir intacto el patrimonio de sus ascendientes y han de servir para conservar las inmunidades de su país.

Llega, pues, muy en razón á los procuradores de Guipúzcoa la colección de canciones vascongadas; su título es la mejor recomendación con que puede presentarse en el Congreso de los guipuzcoanos más ilustres por su amor á la patria; y como nada más hay mio que el cuidado de recoger estas canciones, me prometo que la ofrenda que presento será aceptada por V. S. por cuya prosperidad quedo rogando á Dios.

Bizi bedi Gipuzkoatarren biotz biguñetan beti betiko sarturik aurkitzendan errege on Fernando zazpigarren maite maitagarria. Bizi bediz doatzueraz betetako gure ama Gipuzkoa oneiki gozatzua. Bizi bitez batzarre aundientsu orretan jaioterriko oitura gogoangarriak irozotzera baturik dauden echejaun prestu leyalak.

San Sebastián 2 de Julio de 1827. — Juan Ignacio de Izueta.

Eutefada la Junta hizo el mayor aprecio de la laboriosidad de este su hijo, tomando también en consideración el libro que escribió el año de 1824, acerca de las danzas ó bailes acostumbrados en esta provincia; y resolvió que se le demuestre la más fina gratitud de la provincia con gracias muy expresivas.

Por la transcripción:

J. DE ZUFRIA.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y FOLLETOS

En esta sección daremos cuenta de las obras que se nos envíen siempre que la materia objeto del libro se relacione de algún modo con el País Vasco.

De las obras de lingüística y literatura euskalduna nos ocuparemos en las páginas de la sección subtitulada EUSKAL-ESNALEA, que forma parte integrante de esta Revista.

Euskariana (Quinta serie) — Algo de historia. (Volumen tercero) — Mosaico histórico. — Gacetilla de la Historia de Navarra por Arturo Campión, C. de la R. A. de la Historia y de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas. — Euskalerraren alde, Pamplona. — Imp. y lib. de Jesús García. — Estafeta, núm. 31. — Un volumen de 568 páginas, de 20 × 13 cm.

Ni la amistad entrañable que desde hace muchos años me liga con el autor de este libro, ni los lazos que unen á don Arturo Campión con la Revista EUSKALERRIAREN ALDE cuyo Consejo Directivo se honra en ser presidido por él, han de impedirme mover la pluma en su justa alabanza. Podrá exigirse al crítico que nunca se deje llevar en los juicios por la pasión que engendra la amistad, cuando esta es arraigada y efusiva: lo que nunca podrá ni deberá pedírsele, es que por extremo respeto á las suspicacias de los recelosos, suprima el elogio merecido y sustituya por un silencio cobarde que pudiera presentar trazas de despectivo, el encomio que brotaba espontáneo de su corazón y de su mente.

Vayan estas líneas á manera de explicación ó de preámbulo para que nadie dude de que si hay elogios en el artículo bibliográfico á que sirven de cabeza, esos elogios no son para el dignísimo Presidente del

Consejo Directivo de la Revista EUSKALERRIAREN-ALDE, ni para el noble y queridísimo amigo don Arturo Campión, sino para el autor del libro que tenemos ante nuestros ojos, y cuyas páginas hemos recorrido con delectación creciente, y con atención cada vez más ahincada y profunda.

Las materias que comprende este *Mosaico* tan rico de noticias históricas, y tan atractivo por las bellezas de expresión y por los primores de estilo en que abunda, se señalan en el *Índice* que vamos á reproducir para que el lector se forme idea más clara y precisa de la significación y del alcance de la obra. En realidad se divide esta en dos partes, que el autor titula *Mosaico histórico* y *Gacetilla de la historia de Navarra*. En el *Mosaico* se incluyen los siguientes estudios: *La Canción de Roldán; don Sancho el Fuerte, retratado por don Jaime el Conquistador; la muerte del mariscal don Pedro de Navarra; El camino nabarro de Santiago y la seguridad de los viandantes; La Constitución de la primitiva Monarquía y el origen y desenvolvimiento de las Cortes de Navarra; La Cort y las Cortes de Navarra; Una información acerca de los infanzones de Obanos; y como Addenda unas Breves noticias acerca de ciertos castigos impuestos á los infanzones de Obanos*. La *Gacetilla de la Historia de Navarra* se divide en estos capítulos: *Capítulo I. La frontera de los malhechores; el bandolerismo de 1261 á 1332; la «facienda» de Beotibar; la toma de Hernani*. *Capítulo II. Las guerras fronterizas concejiles y de linajes, y el bandolerismo en las merindades de Tudela y Sangüesa y en la Castellania de San Juan*. *Capítulo III. La penalidad en el «Fuero general» de Navarra*. *Capítulo IV. La criminalidad nabarra desde el año 1265 al 1332*.

Si hubiésemos de expresar todos los comentarios que nos sugiere el riquísimo contenido histórico de estas páginas, fruto de tan larga, honrada y minuciosa inspección de documentos, correríamos grave peligro de dar á la presente bibliografía una extensión de todo punto incompatible con los límites á que nos obliga la Revista en que aparece: tantos son los particulares en que los estudios del señor Campión arrojan viva luz y rectifican especies erróneas admitidas por una vulgar rutina.

Dió motivo al ensayo sobre *La canción de Roldán*, conocido ya de los lectores de EUSKALERRIAREN ALDE que lo publicó por vez primera, un admirable libro de José Bédier acerca de las leyendas épicas y de

la formación de los cantares de gesta. Indicado el nombre del autor, no hay para qué esforzarse en ponderar la importancia de este libro formidable sobre el origen de las leyendas épicas. Bédier tiene señalado su puesto entre los que con más fortuna y más innegable acierto han seguido los caminos trazados por Gastón París para el conocimiento de las literaturas y de las leyendas medievales. Su libro titulado *Les fabliaux* bastaría para perpetuar su nombre como el de uno de los más sagaces y penetrantes críticos de nuestro tiempo. Digno hermano suyo y aún de mayores alientos, y más fundamental, si se nos permite la frase, es el que ha escrito para investigar el origen de las leyendas épicas, y á este libro que quedará como uno de los monumentos más gloriosos que ha levantado la erudición en los días que alcanzamos, ha puesto Campián unas anotaciones tan substanciosas como interesantes á propósito de la *Chanson de Roland* y de la batalla de Roncesvalles. No he de encarecer yo la importancia de estas anotaciones, ni alabar la escrupulosidad con que en ellas se procede, para llegar al conocimiento de la verdad histórica, en cuanto ésta sea asequible. En la colección de la Revista EUSKALERRIAREN ALDE está el estudio del señor Campián y de seguro que no lo han olvidado cuantos lo leyeron.

El trabajo que sigue al referente á la obra de Bédier, es uno que nuestro insigne amigo publicó por vez primera en el número extraordinario del *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra*, que salió á luz con motivo del séptimo centenario de la batalla de las Navas de Tolosa. Las páginas ingenuas y bonas de vida de don Jaime el *Conqueridor*, aquel monarca aragonés que con igual desembarazo manejaba la espada y la pluma, y no contento con ensanchar, á expensas de los moros, los límites de su reino, se convertía en narrador de sus propias hazañas y conquistaba un nombre entre los cultivadores de la literatura histórica, dan ocasión al autor del *Mosaico* para presentarnos un soberbio retrato físico y moral de don Sancho el Fuerte, «deforme por la gordura, muy agriado por los malos procederes de los reyes de Castilla, singularmente del felón Alfonso, y ávido de tomar el desquite; lleno de recelos y suspicacias contra su sucesor don Teobaldo y los nobles; avariento, sin duda, y no obstante, con facilidad dádivoso; incapaz de soportar la imposición y los aires de superioridad ajenos, ni aun el parecer contrario, que mantiene á raya con terribles estallidos de cólera, demostrándonos que los que aquí reciben el nombre de gè-

niatos cuentan larga fecha en Navarra; y con todo ello, debajo de las melenas y del pelaje leoninos, el corazón de una criatura».

En otro artículo muy sesudamente trazado, comenta y discute el señor Campi3n *la muerte del mariscal don Pedro de Navarra* exponiendo con mucha discreci3n y agudeza de juicio, los fundados motivos que hay para tachar de interesados los asertos de los historiadores y aun las deposiciones de los testigos que afirmaron ser un suicidio la misteriosa muerte de aquel indomable caudillo agramont3s, 3 quien no se pudo ganar 3 la causa de los enemigos de la dinastía de Labrit. Despu3s de leer con atenci3n este artículo, parece que, como declara el autor, «la prudencia aconseja suspender el juicio definitivo 3 inapelable; y mientras suene la hora de dictarle, mantener al Mariscal en la posesi3n de su buena fama de caballero cristiano» sin afrentarle con la nota de suicida. No solamente lo aconseja la caridad, que por lo com3n no goza de grandes fueros entre los historiadores, sino tambi3n la discreci3n y la severidad crítica que mide y pesa las cosas y los sucesos con tino y con escr3pulo, procurando que no se desvíe hacia ning3n lado el fiel de la balanza.

La *Guía de los Peregrinos* de Compostela que se contiene en un memorable C3dice Calixtino, ha servido de base 3 Campi3n para estudiar, en un precioso artículo en que el valor excede con mucho 3 la extensi3n, pues en breves p3ginas encierra muchas noticias peregrinas, diestramente cernidas por el buen juicio, cu3l era *el camino nabarro de Santiago* y cu3l era en 3l *la seguridad de los viandantes*. Las rectificaciones al apasionado y —¿por qu3 no decirlo?—mendaz autor de la *Guía* son siempre oportunas y contundentes, y la conclusi3n que de todas ellas se desprende es esta: si en la 3poca en que tantos cr3menes y delitos de bandolerismo se perpetraban, no se halla menci3n de uno solo ejecutado en el camino franc3s; «si los muchos bandoleros de las montañas estaban aqu3 representados por pocos y cautelosos hurtadores, en su mayoría extranjeros»; si tampoco hallamos seales de que el tr3nsito de los romeros estuviera protegido por la fuerza p3blica de una manera especial, fluye naturalmente una sola consecuencia de dichas premisas, y es: la profesi3n de peregrino infundía respeto, mejor dicho, veneraci3n a3n al 3nimo de los peores. O con otras palabras; ya el esp3ritu religioso tena tanto arraigo en Navarra que imponía una especie de tregua de Dios 3 los foragidos. Verdad no omitida hasta cierto punto

en las mismas páginas de la rencorosa *Guía*. «Los Navarros—dice—son justos en dar los diezmos y hechos á ofrecér las oblaciones del altar; en todo día que el Navarro va á la iglesia, hace á Dios oblación de pan ó de vino ó de trigo ó de alguna otra sustancia...»

Digna de profunda atención y de cariñoso estudio es, bajo muchos aspectos, la elocuente conferencia acerca de *La Constitución de la primitiva Monarquía y el origen y desenvolvimiento de las Cortes de Nabarra*. En ella se ve que ni los bien justificados entusiasmos del patriota ni el calor con que abraza honrada y noblemente determinadas ideas políticas, bastan para oscurecer la visión histórica del señor Campián, ni para impedirle contemplar lo pasado, tal como fué, y no tal como nosotros quisiéramos muchas veces que fuese. Él lo dice con frases que no tienen desperdicio, y por eso quiero repetirías aquí para que nos sirvan de lección y de enseñanza á todos: «A lo pasado nuestra fantasía le embellece; el ambiente de ideas que circunda al escudriñador, le deforma; nuestro entusiasmo le limpia, le bruñe del moho de la vida. Pero las cosas históricas no son cual nos las imaginamos, sino cual pudieron ser, supuestas las condiciones de su época. Al contemplarías sin el embellecimiento, la deformadura y la pureza que nosotros pusimos en nuestra visión anticipada, más de uno experimentó la tristeza del desengaño.» A la luz de estos principios tan sanos y austeros de crítica histórica, no imaginando las cosas pasadas, sino investigándolas con paciencia y serenidad, estudia mi entrañable amigo la significación de la Monarquía nabarra; los privilegios y prerrogativas que le eran inherentes, y el origen y desenvolvimiento de las Cortes de aquel Reino. Ponderando el esfuerzo de todos los días y de todos los momentos á que se debió esta organización: y este poder de las Cortes, cita muy á cuento el señor Campián una frase de Goethe: «Ninguno es digno de la libertad, sino aquel que diariamente se la conquista». Y comentándola, escribe muy bellamente: «A los pueblos no les comunican vida y prosperidad las fugaces inspiraciones, sino los ahínco de todos los días; de igual suerte que las más erguidas montañas metieron sus cabezas en el cielo, no por el impulso repentino del fuego central planetario, sino por el secular sedimento de las aguas.» Merece consignarse también esta afirmación que leemos en la misma conferencia: «El pueblo navarro, por propensión étnica, es uno de los pueblos más tradicionalistas de Europa. Siempre quiso, al par del pueblo inglés, que en

lo presente entrara toda la suma de lo pasado que fuera posible. Por eso, al alzar el primero, ó los primeros reyes, les hizo jurar la conservación y el mejoramiento de los fueros, entendidos de las costumbres, cuya fuerza obligatoria estimó ser siempre superior á la de la ley escrita.»

Complemento de esta conferencia es la docta disquisición que viene inmediatamente después de ella, y que á la luz de textos de innegable importancia, fija la diferencia existente entre *La Cort y las Cortes en Navarra*, determinando los caracteres propios de cada una de estas instituciones y haciendo resaltar que si bien *la Cort* se presenta como el arquetipo ó patrón de *las Cortes*, «el modelo que naturalmente se dejó ver en la inteligencia de los que suspiraban por la fundación de un cuerpo legislativo nacional», el punto de bifurcación de las dos Corporaciones se marca en que las Cortes se diferenciaron de la Cort general en que nunca estatuyeron sobre negocios puramente judiciales.

También se relaciona íntimamente con la organización política de Navarra una junta de infanzones de Obanos, que dió mucho que hacer á los monarcas de los siglos XIII y XIV, y acerca de la cual escribe Campi3n una disertación tan documentada como luminosa. «La confederación de los nobles—dice nuestro entrañable amigo—solía reunirse en Obanos. Su junta llegó á ser personalidad pública con ínfulas de cuerpo legal y aún reconocido durante alg3n tiempo. Aducía, para conseguirlo, por lo menos larga posesi3n y la aquiescencia, cuando no la confirmaci3n regia. Las tendencias desp3ticas de ambos Felipes (se refiere á Felipe *el Hermoso* y Felipe *el Atervido*) sobre todo las que después manifestó el rey consorte, cuyo pensamiento, ajeno del derecho p3blico cristiano, y aprendido de los legistas engolosinados en el derecho ces3reo, era la supremacía absoluta de la monarquía sobre la Iglesia y el Estado, no se compaginaban con la existencia de esas juntas. El resultado de tales inclinaciones fué la informaci3n decretada con ánimo de poner en claro el verdadero car3cter de las ligas, y con esperanza, sobre todo, de que denotasen origen puramente revolucionario.»

Sobre esta informaci3n, cuya entraña nos muestra hábilmente condensada y puesta á nuestros ojos, versa el estudio de Campi3n. Su importancia se encarece y sube de punto con solo recordar que estas juntas de Obanos y otras análogas que se organizaron en Navarra con motivo de diversos acontecimientos, contribuyeron á que se crearan las Cortes, cuyos precursores son las asambleas de *generaci3n espontá-*

nea donde se discutía y adoptaba la conducta que habían de seguir los congregados—denotaban, podemos repetir con el autor de *Euskariana*, cierto instinto político, que buscaba ocasión de condensarse en forma legal. Y lo que era manifestación viva, pero desordenada, y á menudo sediciosa, de la vida pública de este país, poco á poco se transformó en institución que fué uno de los organismos más importantes, beneficios y respetados del Reino». Escribiéronse estas palabras en 1892. Veinte y tres años después han podido repetirse sin que tenga que sonrojarse la verdad histórica, pues responden fielmente al resultado de indagaciones llevadas á cabo con posterioridad á la fecha en que se estamparon. Las *Breves noticias acerca de ciertos castigos impuestos á los infanzones de Obanos*, no modifican el concepto que antes de leerlas se haya formado acerca de la significación de esta liga, y de los servicios que prestó á las libertades navarras, aún en medio de turbulencias inevitables y de excesos en que pudo incurrir, sin que en todo tiempo estuviese la razón de su parte. Hechas todas las salvedades que la justicia exige, no puede negarse que los nombres de los infanzones de Obanos como los de todos «los que padecieron en su persona y en su hacienda por el bien común, son de esos que las naciones asientan en sus libros de oro».

La *Gacetilla de la Historia de Navarra* es una mina de noticias sacadas de pergaminos y papeles poco explorados, y que nos permite internarnos en la vida de una gran zona de aquel glorioso reino durante los días azarosos de la Edad Media, en que los guipuzcoanos y alaveses por una parte y los navarros por otra, andaban en no interrumpida pelea. Pudo gemir con desgarradores quejidos el alma de la raza ante aquellas luchas más que civiles, pero no conviene ni olvidarlas, ni pasarlas en silencio, sino acostumbrarnos á contemplar el cuadro de nuestro pasado, tal como fué, sin desfigurarlo por mal entendidos respetos de amor filial. Y al emprender el examen de esas noticias en que se nos dá cuenta de una serie continua de muertes, asolamientos y fieros males, hemos de tener muy presentes estas prudentísimas advertencias del sabio investigador que las ha recopilado. «Nuestra mente actual ha establecido asociación de ideas entre vasco, país vasco, y honradez, suavidad de costumbres, respeto á la ley y disciplina social. Las perspectivas históricas, algo remotas, están ocupadas por imágenes bastante diferentes. El foragido, el ladrón público, cuya existencia ni

aun se concibe hoy en nuestra tierra, llevó á menudo su barbarie, errante por esos campos y montes, al parecer, herencia de mansísimos patriarcas. Otra *disociación* de ideas que la verdad histórica pide es la del tipo vasco y de su apacible cuadro de delicados y húmedos verdores. Cerremos los ojos á esa visión habitual y evaquemos la figura del vascón, envuelto en negros paños, al pié de la sierra pelada, sobre la amarillenta llanura ó á orillas del Ebro, lugares en donde, ya que no la lengua, perduran su sangre y parte de su primitiva fiereza». En la *frontera de los malhechores* de que hablan los documentos de donde Campión ha extraído sus noticias, habitan hoy gentes de condición apacible y sosegada, bien halladas con el respeto á la autoridad y poco propensas á quebrantar sus mandatos. Esta honda transformación moral es demostración cumplida y solemne de que Dios hizo sanables á las naciones, y de que las naturalezas más rebeldes á todo yugo saben respetar la vida y la propiedad ajena, cuando siglos de predicación y de *saturación* cristiana, si se nos permite la expresión, les han inculcado los sublimes preceptos del Decálogo. Otra consideración se desprende también de esta transformación tan radical á que aludimos; y es que nunca nos debemos entregar á las desalentadas inspiraciones del pesimismo, porque los mayores milagros de mejoramiento moral son posibles, cuando los procuramos *de veras*, con voluntad activa y firme, inmune al desmayo y á la desesperanza.

Pretender, en breves líneas, dar idea, siquiera somerísima, del contenido de estos capítulos en que se nos manifiesta en detalle la vida de los navarros en las centurias XIII y XIV, sería acometer una empresa imposible. Por eso nos limitaremos á declarar que lo que debe hacer quien anhele internarse en el pormenor de las continuas desavenencias de guipuzcoanos y navarros en aquellos siglos, y de los antecedentes y consiguientes de la jornada de Beotibar, acerca de la cual se han forjado narraciones tan fantásticas y legendarias, es leer, sin omitir párrafo alguno, el estudio de nuestro amigo Campión, pues en él encontrará luz más que suficiente para iluminar muchos problemas que hasta ahora se nos presentaban casi como insolubles. Es sobremanera interesante y sugestivo el capítulo que trata de la criminalidad navarra desde el año 1265 al 1332, y sobrias y centelleantes las consideraciones con que se cierra este capítulo. La viña ejerce en esa criminalidad una influencia desmesurada. «En la Navarra de antaño y en la de hogaño

—dice el autor, y repetimos nosotros con él—adonde se extiende la mancha de vino llega la mancha de sangre.» En la tierra en que la vid crece pujante, y el fruto de la vid está al alcance de las bolsas más escuálidas, «la vida propia se estima en poco, ¡cuán menos la ajena! Una burla, una disputa, una injuria, una humillación, una envidia, una amenaza, cosas de poco momento, ordinariamente ponen los aceros en las manos enfurecidas». Por eso en la merindad de Ultrapuertos, menos sujeta á esas influencias desmoralizadoras, se cometían pocos crímenes, aun en las épocas en que el bandolerismo se extendía por gran parte del Reino. «Allí se mantuvo y mantiene el tipo vasco, menos corroído y desfigurado por influencias extrañas.» Hasta la codicia desapoderada, alma del moderno industrialismo, parece que se detiene, antes de traspasar los linderos de aquella merindad. Por eso Campión, sin temor á que le tachen de *inactual*, y dando rienda suelta á los tesoros de poesía que lleva escondidos en el ápice y centro del alma, exclama en el bellísimo arranque con que da fin á las páginas de su libro: «¡Bendita tierra pastoril y agrícola, donde los arroyos son aún arroyos y no saltos de agua; donde los bosques son manto prendido por las manos de Dios á los hombros de las montañas, y no alimento de serrerías y de laboratorios químicos; donde las nieblas tejidas por las *maitagarris* del Pirineo, y no las apestosas humaredas de altos hornos, pintan el ceniciento color suave de tu cielo; donde los corazones, á modo de relicarios, guardan la inmemorial lengua y las viejas canciones! ¡Bendita seas! Ojalá, en el amor sin desmayos á lo castizo y propio, las demás merindades, insignes por otros rasgos, tus hermanas, te imiten y copien».

No podíamos pretender final más elocuente y más apropiado para esta modesta bibliografía, que no se encamina á juzgar la obra de don Arturo Campión, sino que se limita á dar cuenta de su aparición á los lectores de EUSKALERRIAREN ALDE, y á felicitar al insigne autor de *Euskarian*, que ha dado nueva y gallarda muestra de las grandes dotes con que le favoreció el Cielo para el cultivo de los estudios históricos, en que pocos le igualan, pues además de la erudición para leer y desentrañar las cosas viejas, atesora la imaginación reconstructiva que es menester para pintarlas de mano maestra, con pincel franco y resuelto, y con calor de alma que acierta á poner la vida en sus creaciones. Probo y justiciero en sus sentencias, incapaz de negar ni de ocultar la verdad,

ni aun por los nobles y generosos móviles del amor patrio, no es un espectador impasible, ni pretende que se le tenga por impersonal. No escribe sus estudios históricos con la frialdad con que un notario redacta un instrumento público, sino con el ardor y la efervescencia del artista que siente brotar la vida á través de los viejos papeles en que su espíritu indagador escudriña el secreto de las edades pretéritas. Por eso en los trabajos de Campión que tienen por objeto el esclarecimiento de los anales de Navarra, se satisfacen á la par los anhelos de los investigadores de la Verdad y las aspiraciones de los enamorados de la Belleza.

CARMELO DE ECHEGARAY.

Enero de 1916.

El Blasón de Guipúzcoa. Monografía escrita por el Inspector de Archivos Municipales de la misma provincia don Serapio de Múgica. Bilbao.

En tiempo oportuno hicimos saber á los lectores de EUSKALERRIAREN ALDE (1) que el Inspector de Archivos Municipales de Guipúzcoa don Serapio de Múgica, habia presentado á la Exema. Diputación un estudio acerca del escudo de armas de Guipúzcoa.

La Corporación tomó acuerdo de imprimir el trabajo por su cuenta, y aquel acuerdo ha sido cumplido ya que á nuestras manos ha llegado un ejemplar de la obra.

Poco hemos de decir de ella, puesto que en vista de los capítulos de ese trabajo que hemos reproducido en estas páginas (2), los lectores habrán podido formarse cuenta aproximada de la índole del libro y de la forma en que en él están tratadas las materias.

Contiene seis capítulos. En el primero, titulado *Escudo de armas y sello de Guipúzcoa*, se exponen detalladamente las opiniones que muchos escritores han dado á través de los tiempos, acerca de la significación y origen de los diversos elementos de que se compone el Blasón guipuzcoano. En el segundo, que lleva por título *Antigüedad del sello de Guipúzcoa* se examinan los pareceres emitidos por diversos autores

(1) EUSKALERRIAREN ALDE, tomo IV, pág. 744

(2) Id. tomo V, páginas 595, 634, 652 y 732.

respecto de la antigüedad del sello de Guipúzcoa, y se fija concretamente el período de tiempo en que comenzó á usar su sello propio. En el tercero, que lleva por epígrafe *Los alto-relieves del Archivo provincial*, se aclara por vez primera el misterioso significado de los cuatro alto-relieves que se conservan en el Archivo provincial de Tolosa. En el cuarto, *Colores del escudo*, se particularizan los colores que necesariamente ha de ostentar cada elemento del escudo, y en el quinto, *Acuerdos de las Juntas de Guipúzcoa sobre quien había de tener el sello*, se citan varias resoluciones que demuestran la solicitud con que se cuidaba del sello y la escrupulosidad que en su uso se ponía. En el sexto y último, *don Enrique IV, Rey de Guipúzcoa*, se narran los viajes que realizó aquel Rey á Guipúzcoa y se exponen noticias de los sucesos de su reinado que más directamente atañen á esta provincia, y de cuándo empezaron los Reyes de Castilla á titularse en los documentos, Reyes de Guipúzcoa.

Unos curiosísimos apéndices cierran el libro, á cuyo frente figura un Informe del Cronista don Carmelo de Echogaray, quien hace consideraciones atinadísimas sobre diversos puntos tratados por el señor Múgica. En las páginas de la obra van intercaladas magníficas reproducciones de los relieves de Tolosa y de varios sellos y escudos, y entre todos ellos destaca por su soberbia factura un hermoso escudo de Guipúzcoa en colores, bien estudiado en todos sus detalles y que en lo sucesivo servirá de modelo á cuantos deseen utilizar el escudo ajustándose á las reglas de la heráldica y á los dictados de la historia.

El libro no se ha puesto á la venta; los ejemplares han sido distribuidos por la Excm. Diputación, entre las personas del país y de fuera de él que puedan sacar fruto de su lectura.

JUAN DE NAVARNIZ.

